

NOVELA CINEMATOGRAFICA

EL
OGAR

26

30
cts



EL PRISIONERO
DE ZENDA

ALICE TERRY
RAQUEL LA MARCA
RAMON NOVARRO
LEWIS STONE

EDICION S. BISTAGNE

IN GRAM, REX

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Dirección:

Año I. Francisco-María Bistagne. Núm. 26

(PRISONER OF ZENDA, 1921)

**El prisionero
de Zenda**

Reproducción, basada en la célebre obra de
Antonio Thorne e interpretada por

Alice Terry	(Princesa Flevia)
+ Barbara La Marr	(Anioneta de Maubas)
Ramón Navarro	(Ruperto de Montau)
Lewis Stone. (El rey y el vizconde de Rassendyll)	
Stuart Holmes	(Gran duque Miguel)
Malcolm Mac Gregor	(Capitán Fritz de Ter- [oubélan])



SELECCIONES CAPITOLIO
de

S. Huguet

Provenza, 932 - BARCELONA

PORTAL-REGALO: Gilbert Roland (Luis Alonso)

EDICIONES BISTAGNE

Paseje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Rip, Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

El prisionero de Zenda

Aumento de la película

A una de las ramás de la esforzada raza de los Rassendyll, por cuyas venas corre sangre real, pertenecía al vizconde Rodolfo, tipo representativo de una estirpe de héroes de corazón animoso y espíritu emprendedor.

Era el vizconde un hombre alto y delgado, de nobles maneras, los ojos de mirada franca, amplia la frente, de buen trazo la nariz, la boca de labios plegados en un gesto de ansiedad que revelaba un ánimo aventurero, y barba de punta.

Viajero infatigable, había consumido una buena parte de su juventud en expediciones de todo género. Al fin después de varios años de ausencia, regresó al castillo de su familia, rico en Inglaterra, buscando

un poco de reposo para su cuerpo fatigado y para su alma abita de emociones.

Pero un día leyó en un periódico una noticia que despertó en él la curiosidad de emprender un nuevo viaje. Decía así:

CORONACION DEL REY DE ESLEVIA

Ha sido fijada para el día 15 del mes próximo la fecha de la coronación del rey Rodolfo V, cuya proclamación efectuarán las Cortes a raíz del fallecimiento de Pedro IX, padre del actual soberano.

La lectura del telegrama le activó dormidos recuerdos, evocando sucesos históricos en que interviniere su familia durante el siglo pasado.

La historia de los Rastendyll estaba unida a la historia de la casa reinante en Eslevia. Un mismo origen tenían las dos familias, pues la condesa Amelia, bisabuela del vizconde, había contraído matrimonio, al quedarse viuda, con un príncipe de Eslevia, que sucedió al rey en el trono por haber perecido víctima de luchas intestinas sus herederos directos. La condesa Amelia murió antes que su esposo ciñera corona real, pero descendientes suyos eran los Rastendyll de Inglaterra y Rodolfo V de Eslevia.

—¿Por qué no he de hacer una visita a ese minúsculo Estado del que es rey un descendiente de mi abuela?—se preguntó el vizconde.

Y como era hombre de resoluciones rápidas, tomó la determinación de marchar aquella misma noche

en dirección a Estrelzan, la capital de Eslevia.

En vano sus hermanos quisieron disuadirle de aquel extraño viaje; el vizconde era terco y sentía el placer de visitar aquella tierra desconocida, que seguramente tendría gran interés.

Estrelzan era una antigua capital de viejos palacios y de calles estrechas y silenciosas.

En la parte más elevada de la ciudad, estaba situada la residencia del duque Miguel, hijo bastardo y reconocido del difunto rey Pedro IX.

En vida de su padre habíase conferido al duque el mando del regimiento de Coraceros de la guardia, a cuya oficialidad supo atraerse con la esperanza de convertirlos en instrumentos de sus ambiciones. Cuatro de los oficiales, sobre todo, convirtieron en camaradas inseparables del Gran duque y en la morada de éste veíansele con frecuencia sirviéndole de auxiliares en todas sus intrigas.

De los cuatro oficiales, uno de ellos, Gaudet, era un tipo de bebedor empedernido; otro, Bersonin, había probado más de una vez su valor temerario; el tercero, Detchard, era un digno compañero de Gaudet, y el cuarto, Ruperto de Hentzan, poseía una falta absoluta de sentido moral y una gran ambición capaz de saltar todos los obstáculos.

Los cuatro oficiales ayudaban ahora al Gran duque en una conspiración que éste había forjado contra su hermano el rey para arrebatárselo el trono.

Todos los vicios de su raza, sin ninguna de sus virtudes, se habían dado cita en el alma oscura del duque Miguel, dispuesto a costa de todos los sacrificios e infamias, a ceñir la corona de su hermano.

Aquella tarde, los cuatro oficiales amigos se presentaron ante el duque dispuestos a recibir órdenes de éste.

Don Miguel les explicó sus planes.

—A inducción maí, el rey marchó esta mañana a mis selvas de Zenda y se ha instalado en mi pabellón de caza...

—Eso quiere decir, Alteza, que primero el rey cazará vuestros jabalíes y que luego nosotros le cascaremos a él... —dijo de Hentzau.

El duque y sus amigos lanzaron una carcajada.

—¿Y no teméis que el rey, cambiando de manera de pensar, regrese a Estrelzau hoy mismo?—preguntó Bersonin.

—Este es el lado peligroso del asunto; pero estoy seguro de que mi hermano no volverá sin haber probado los distintos vinos de la bodega... Ya conocéis sus aficiones.

—Y qué es lo que hay que hacer ahora?—dijo Bersonin.

—Bastará con evitar que el rey se presente en la Corte el día de la Coronación ni en las cuarenta y ocho horas siguientes—repuso el duque.

—De eso nos encargaremos nosotros—ofreció Gaudet— y si conviene a los intereses de Vuestra Alteza no regresará nunca.

—Las violencias son innecesarias y podrían resol-

tar contraproducentes... por el momento. Bastará que se le retenga en mi castillo de Zenda los días que he dicho.

El duque Miguel acabó de concretar sus proyectos.

—Una vez cumplidas mis instrucciones, tú, Hentzau, me mandas un telegrama que sólo diga "Todo va bien" para indicarme que no he de temer la presencia del rey... Y cuando llegue ese instante, en toda Eslevia se oír un grito unánime proclamándome rey... Confía en vosotros. ¡Adiós amigos míos!

Después de despedirse de sus cómplices, el hermano de Rodolfo V dirigióse al palacio real en el que tenía su residencia su prima la princesa Flavia, preciosa mujer de deslumbrante y magnética belleza, dorada por la más risueña juventud.

Al servicio de la princesa estaba destinado el mariscal Strakentz, un viejecito cortés y bondadoso, de limpia y gloriosa historia militar.

El viejo mariscal y la joven princesa solían sostener sugestivos diálogos mientras jugaban al ajedrez.

—Ciudadano, princess, habéis dejado vuestro rey al descubierto—dijo el mariscal.

—Aquí están todos sus súbditos para defenderlo—contestó ella señalando las distintas piezas de marfil.

Entonces suspendió el juego el mariscal y con frase temblorosa comenzó:

—Hablemos un poco de cosas serias, Alteza. Bien sabéis que la nación se halla dividida en dos partidos, defensor el uno de los derechos legítimos de

su Majestad y sustentador el otro de las pretensiones al trono del duque Miguel.

—A pesar de las intrigas de mi primo, nadie podrá impedir que dentro de dos días se celebre la fiesta de la coronación de Rodolfo V.



El viejo mariscal y la joven princesa solían sostener sugestivos diálogos...

—Así debe ser y así lo esperamos todos los buenos patriotas. Por otra parte aunque el país esté dividido, todos, así los partidarios del rey como los del pretendiente, están de acuerdo en demostrar por vos un amor y una devoción sin límites.

—Queréis adularme?

En aquel momento un criado anunció la visita del Gran duque.

—Decidme con sinceridad, Alteza—dijo el mariscal—. ¿No preferiríais que en lugar del duque fuera el rey quien os visitara?

—Mariscal, rara vez se concede a una princesa el derecho de escuchar la voz de su corazón... Mi proyectado matrimonio con Rodolfo V es un sacrificio que ofendo a la voluntad del pueblo, que desea que yo sea su reina.

El mariscal, moviendo la cabeza tristemente, pues veía que la princesa Flavia no amaba al monarca, abandonó la habitación.

No tardó en entrar el gran duque Miguel que, ceremonioso y correcto, se inclinó ante su prima.

Como vio que ésta se hallaba ahora acompañada de la condesa Olga, su dama de honor, advirtió muy gentilmente que deseaba hablar a solas con Flavia.

—Podéis hablar sin reparos, duque. No guardo secretos para Olga.

El duque, nervioso, decidióse a exponer sus pretensiones tal como si Olga no estuviese allí.

—Quiero que sepáis que no es sólo el parentesco y las exigencias de etiqueta lo que me obliga a renovar constantemente la expresión de mi mayor afecto...

—¿Pues entonces?

—¿Es posible, Alteza, que no hayáis notado hasta hoy los verdaderos móviles de mi conducta? Hace tiempo, Alteza, que guardo en mi alma un secreto

de amor, al que espero que un día querrás corresponder...

Flavia sonreía ante aquella declaración. Jamás le había interesado aquel hombre.

—¿Un secreto de amor?—contestó—. Y venís a decirme, ¿no? ¡Oh, ya lo sospechaba!... En la última fiesta de palacio se comentó cierta aventura en la que vuestro nombre se mezclaba con el de una tal Antonieta de Mauban...

—¿Antonieta de Mauban?—dijo, vacilante.

—Sí, creo que se llama así... Y me permito felicitaros por vuestra elección. He visto una fotografía suya en una revista, y es una mujer de extraordinaria belleza.

Debatiéndose entre el despecho y la ira, el duque no sabía cómo salvarse de la poca aliosa situación en que su prima le colocaba insistiendo en esta aventura que venía ahora a interponerse en el camino de sus pretensiones. Y nerviosamente se despidió de Flavia sin osar insistir por el momento en sus declaraciones de amor.

A la misma hora, el rápido de París a Estrezaan deteníase en la estación de Zenda, a treinta millas de la capital de Eslevia, y de uno de sus departamentos bajaba el vizconde Rodolfo de Nassendyll.

Asomada a la ventanilla de otro coche, una mujer daba inequívocas pruebas de sorpresa viendo al vizconde, el cual se acercó a saludarla.

—Señorita de Mauban, lamento infinito que sea al terminar el viaje cuando me doy cuenta de que he efectuado en su compañía.

Antonieta de Mauban era una aventurera hermosa, con la belleza intensa de las morenas... Había conocido al duque Miguel años atrás en una esta-



—¿Antonieta de Mauban?—dijo, vacilante.

ción veraniega, y desde entonces todos sus actos estaban supeditados al capricho del hermano del rey.

El vizconde la conocía por haberla encontrado algunas veces en París.

—¿No va usted a Estrezaan para asistir a la coronación de Rodolfo V?—le preguntó ella.

—Iré más tarde. No he podido resistir la tentación de apearme aquí. ¡Es tan hermoso Zenda y guarda tantos recuerdos de nuestra historia!

—¿Conoceis el castillo?

—He oído elogiarlo mucho... Pertenece al duque Miguel, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

El silencio del tren puso fin a la entrevista... Anunciata siguió en el expreso que partió camino de Estrelana.

El vizconde encaminó sus pasos sin guía alguna hacia los próximos bosques. La tarde era todavía clara en luz... Después de caminar un buen rato sentóse en el tronco derribado de un roble.

Cerca de allí, dos caballeros se habían detenido y miraban al vizconde con curiosidad. El más joven, moreno, vestía uniforme de capitán de la guardia, y su compañero, hombre entrado en años, de rostro curtido y enérgica expresión, se cubría bajo un capote.

—¡Juraría que es obra del diablo!—dijo el de más edad.—¡Parece imposible! Tiene con el rey un parecido extraordinario.

—Si se afeitase la barba, la confusión sería inevitable. ¿Quién podrá ser, mi coronel?

Se acercaron a él y el más viejo le dijo:

—Perdone, soy el coronel Sapt, jefe del Estado Mayor de Su Majestad el rey, y mi compañero es el capitán Fritz de Farsenholm. ¿Me sería permitido conocer vuestro nombre?

—Soy el vizconde Rodolfo de Rassendyll.

—Conozco el origen de vuestra noble familia—dijo el coronel.—Pero ¡oh, señor vizconde! vuestro parecido con Su Majestad es admirable. Posada su misma voz, idéntica estatura y hasta para mayor coincidencia os llamais Rodolfo como él.

—Los dos descendemos de la princesa Amelia y de ahí debe venir nuestra semejanza.

—Os brindamos nuestra franca hospitalidad: el pabellón de caza se encuentra a pocos pasos de aquí.

Y con el brazo extendido señaló la masa pesada y sombría de un castillo cercano. El pabellón de caza se encontraba en el interior y en él se hallaba alojado Rodolfo V, quien, sin atender las indicaciones de sus compañeros, había aceptado la invitación de su hermano el Gran duque.

Rodolfo, rey de Eslevia, no había sabido captarse las simpatías de su pueblo. Dominado por el vicio de la bebida, su juventud comenzaba a arruinarse víctima de los estragos del alcohol. No se cuidaba de nada y con su conducta daba pretextos a Miguel para que intentara apoderarse del trono.

La situación empeoraba día por día, y los partidarios del rey apremiaban a éste para que se desposase con la princesa Flavia que dadas las simpatías con que contaba en el pueblo, sería el más firme sostén del trono.

Anochecía cuando el coronel Sapt, el capitán Fritz y el vizconde Rodolfo que había aceptado la invitación, llegaron al pabellón de caza, encontrando al

rey entregado a su pasión apurando el contenido de una botella panzuda.

Cerca de él su ayuda de cámara, el fiel José miraba con pena cómo Su Majestad se hundía cada vez más en las tinieblas del alcohol.

El coronel presentó al vizconde de Ransendyll. El



Dominado por el efecto de la bebida.

rey y el inglés se contemplaron sorprendidos de la exacta semejanza.

—Es curioso... muy curioso... ¡Qué parecido!— decía el monarca.

Parecía estar muy satisfecho.

—Sois mi primo por ley natural y este parentesco

y la semejanza que nos une, son motivos más que suficientes para que os otorgue mi estimación... Por supuesto, asistiréis a la fiesta de mi coronación. ¿Verdad?—dijo el rey.

—Me permito opinar que no sería prudente la visita del señor Ransendyll a Estrelzau dada la actual situación política—indicó el coronel.

—Majestad—dijo el vizconde—, abandonaré Estrelzau antes que causaros el más pequeño perjuicio.

—No permitiré que os marchéis—dijo el rey—. No pongas esa cara, coronel. En fin, vizconde, hay seréis mi huésped, y mañana se hará lo que tú quieras, coronel. Y conste, querido primo, que si esto no podía asistir a la fiesta... aunque no fuese sino por el disgusto que vuestro parecido conmigo produciría al duque Miguel.

El rey volvió a tomar una copa de vino de Rhin al vizconde, y la velada transcurrió agradabilísima en el pabellón de caza.

Aquella noche, Antonieta de Maubert llegaba a Estrelzau, dirigiéndose rápidamente al Gran Hotel en uno de cuyos comedores reservados se hallaba aguardándola el duque Miguel.

Este había llamado a su amigo para recabar su concurso en la conspiración contra el rey.

—Te he hecho venir porque mañana ha de decidirse mi suerte y la de Rodolfo V. Tu colaboración me es más necesaria que nunca.

—No tengo más voluntad que la tuya—respondió besándole.

En voz baja, el duque refirió a su amante sus pla-

nes para conseguir la corona real y el destronamiento de su hermano, quien a treinta millas de Estrelzau estaba bien ajeno a la intriga, y sentaba a su mesa al vizconde de Rassendyll.

El rey pasó horas agradables al lado del vizconde, y comió y bebió abundantemente. El coronel advirtió respetuosamente a Su Majestad la necesidad de moderar la bebida. No debía olvidar que al siguiente día era el de la coronación.

Pero Rodolfo V continuó bebiendo como si tal cosa, entregado a su vicio favorito y sin querer acordarse de sus obligaciones en la corte.

El vizconde le miraba con pena, lamentando que su primo fuera un temperamento tan débil que se dejase dominar, en detrimento de su dignidad, por el vicio del alcohol.

Diefen las nueve en el viejo reloj. Un hombre, Ruperto de Hentzau, llamó ante la puerta del pabellón, entregando a José, el ayuda de cámara, un pequeño castillo de nimbres.

—De orden del duque Miguel, este presente para Su Majestad con el testimonio de su mayor afecto—dijo.

José entró en el comedor real, entregando al monarca el castillo.

El nombre del duque sobresaltó a Sapt y a Fritz quienes contemplaron como el rey extraía con gran complacencia dos botellas del castillo de nimbres.

—Señor, permítidme que vea esas botellas—dijo el coronel.

—¿Temas que mi hermano me envenene o es que quieres probarlas antes que yo?

El coronel observó que las botellas venían convenientemente lacradas y se tranquilizó, mientras el rey apresuraba a José para que las destapase.

Rodolfo V comenzó a apurar copa tras copa del contenido de aquellas botellas que le sabían a gloria.

—No os excedáis, señor—le advirtió el coronel—Pensad que mañana...

—¿Y eso qué?... ¡Ah!...—añadió paladeando el vino—Podrán decir que mi hermano es un intrigante... pero a fe que es también un excelente conocedor de las mejores marcas. V perdonad mi egoísmo, caballeros... Os daría la mitad de mi reino antes que ofreceros una sola gota de este maravilloso néctar.

Nadie contestó... El coronel y sus compañeros miraban doleridos como el rey bebía sin cesar... Poco a poco los vapores del alcohol comenzaron a adormecer los sentidos del rey, llenando de bruma su cerebro y entorpeciendo sus movimientos; y súbitamente su cabeza se derribó sobre la mesa.

Ruperto de Hentzau que desde fuera, junto a una ventana, había estado espiando los movimientos del rey, hizo un gesto de alegría al ver caer al monarca, y marchó corriendo hacia el bosque... Los planes del duque Miguel se realizaban tal como habían sido previstos.

Entretanto, Sapt y José condujeron al rey que estaba profundamente dormido a su habitación, y poco después todos se retiraron a descansar llevando en

sus almas la amargura de la última cena con Rodolfo V antes de ser coronado.

El vizconde se despidió del coronel y de Fritz, prometiéndoles regresar a Inglaterra a la mañana siguiente, en vista de las indicaciones de Sept que no consideraba conveniente que estuviese en la capital hombre tan parecido al soberano.

A la mañana siguiente, Sept dirigióse a las habitaciones del monarca, al que halló caído en el suelo, durmiendo bajo los efectos de la profunda embriaguez.

Le llamó repetidas veces, le vertió un jarro de agua, le golpeó el rostro con un trapo húmedo, flexionó los brazos... y todo fué inútil...

Acudieron Fritz y el vizconde, llamados por Sept, y en vano intentaron hacer reaccionar al monarca.

—Duerme su embriaguez. Temo que tarde aún algunas horas en despertar... Y precisamente hoy es el día de su Coronación... Es indudable que las botellas contenían una fuerte dosis de narcótico—dijo Fritz.

—Y no me cabe la menor duda de que nos hallamos frente a un exemplar urdido por el duque Miguel para impedir que se celebre hoy la fiesta de la coronación. ¿Cómo salir de este apuro?—advirtió el coronel.

—¡Pobre Eslevia!

—¿Y no podría aplazarse la ceremonia pretextando una indisposición del rey?—preguntó el vizconde.

—¡Imposible! El pueblo se sentiría defraudado, y el duque Miguel aprovecharía tan excelente opor-

tunidad para apoderarse del trono por medio de un golpe de mano.

De pronto el coronel miró al vizconde de arriba a abajo y una sonrisa de triunfo iluminó su blanco bigote.

—Vizconde Russendyll, vuestra tarea con el rey puede salvar la situación... Yo os suplico en nombre del parentesco que os une con el monarca que ocupéis su lugar y evitéis un día de luto a mi patria.

El estorbo dilató las acciones del vizconde quien al principio se negó en absoluta a aquella suplantación, pero luego, con el deseo de no desentenderse de la suerte de Eslevia y de su rey y también por el ansia de aventuras que vibraba siempre en su alma, acabó por acceder.

—¡Acepto sustituir al rey y prometo guardar este secreto de Estado!—juró solemnemente.

Al propio tiempo que en el pabellón se preparaba la suplantación del rey, Roberto de Bentzen y su amigo Bersonin vigilaban las entradas y salidas del castillo con la seguridad de que el rey que debería aún dormir bajo la fuerte dosis de narcótico no podría salir del pabellón.

En tanto, Sept y Fritz con el auxilio de José, procuraban amentar el parecido del vizconde con el rey. Después de afeitarse, Rodolfo atendía al coronel que le insistía acerca de algunos pormenores en gestos y ademanes de Rodolfo V.

A fin de que el rey al despertar no apareciese de improviso y desbaratara su propia causa, le encerraron en la bodega, haciendo a José responsable

de su custodia, con orden expresa de no dejarlo salir aunque despertase, hasta tanto no regresasen del acto de la coronación.

El vizconde, convertido ya desde aquel momento en Rodolfo V, Sapt y Fritz salieron del castillo y montando a caballo emprendieron rauda galope hacia la ciudad.

Hentzau y Hersonin al verlos lanzaron una exclamación de asombro:

—¡No lo entiendo!—dijo Hentzau— Yo mismo presencié como el rey apuraba la última botella... ¡Aquí ha sucedido algo inexplicable!

Y los dos oficiales, presa de profunda inquietud, vieron como sus esperanzas se desvanecían.

* * *

Se acercaba la hora fijada para la Coronación, y los altos dignatarios, los títulos del reino, los jefes de las tropas y la familia real llenaban la sala del trono esperando la llegada del rey.

El duque Miguel rodeado de sus partidarios esperaba impaciente la noticia del éxito de su plan.

Cerca del duque, la princesa Flavia, deslumbrante de belleza, hablaba con su dama la condesa Olga, distribuyendo sus sonrisas entre los cortesanos que la saludaban.

Frente al palacio se apiñaba el pueblo en masa que había acudido a presenciar el magno suceso que debía poner fin a todas las disensiones. Se hablaba también de los próximos desposorios de Rodolfo con

la princesa Flavia y esto era objeto de general satisfacción.

En la sala del Trono comenzaba a comentarse la tardanza del rey, y el duque hacía esfuerzos por contener su nerviosidad.

Miguel tomó un papel que le alargaba un oficial y leyó:

*Todo va bien. Saluda al rey Miguel de Falewa.
Hentzau.*

Una intensa alegría iluminó su rostro... Durante un buen rato estuvo soñando en que el trono iba a ser para él. Pero de pronto sonaron los clarines anunciando la presencia del rey. Perdiendo el dominio de sí mismo, el duque se puso en pie. ¿Qué significaba aquello? Y con rabia creciente vió como entraba el rey, sonriente y firme, precedido de maceros.

Poco después, entre ovaciones delirantes, comenzó la ceremonia. El rey ciñó sus sienes con la corona de sus mayores y empuñó el cetro. Un grito unánime brotó de todos los labios:

—¡Dios proteja a nuestro rey!

El vizconde de Russendyll, convertido en el rey Rodolfo, guardaba una gravedad cómica, pensando si efectuaba con toda corrección su papel de monarca coronado. Allí estaba el coronel para advertirle cualquier error.

Después comenzó el himnario, siendo el primero que tuvo que ir a rendir acatamiento al rey el Gran duque Miguel de Estrelzau quien, disimu-

lando su cólera, tuvo que besar la mano que él hubiera querido morder.

Luego, la princesa Flavia llegó a las gradas del trono y antes de que se arrodillase, el rey la atrajo a sí y puso un beso en su frente.

La princesa se postró de hinojos, toda encantada, pues por primera vez había visto en los ojos del rey una mirada de serenidad cordial.

El vizconde quedó sorprendido ante la belleza de la princesa. — ¡Bien valía la pena de ser rey!

Luego continuó el besamano, largo y fatigoso, y al terminar, organizó el desfile de la regia comitiva por las calles de la ciudad, llenas de gente que aclamaba sin cesar a su soberano.

El rey y la princesa iban en el mismo coche y el pueblo viéndoles juntos les aplaudía con frenesí.

Algo extraño observaba Flavia en el porte del rey. Su expresión no era adormecida y entusiasmada como otras veces, sino vivaz y alegre.

—Rodolfo—le dijo—, observo hoy en vos un cambio tan admirable que me complace en auguraros un feliz reinado.

—Me alegro infinito, princesa, merecer vuestros elogios. Y espero que esa grata impresión perdure, ya que vuestra conducta para conmigo está ligada en cierto modo a la futura felicidad de nuestro pueblo.

La ilusión nacía en el alma de Flavia y lo que al principio era un propósito de matrimonio impuesto por razones de Estado ahora le parecía un sueño delicioso.

De pronto, entre los músicos, el rey vió a Antonieta de Maubert. Rodolfo, olvidando un instante que era el rey, y como pudiera hacerlo el vizconde de Rassendyll, respondiendo a su insana cortesía, la saludó. Dióse cuenta de su torpeza. Sus ojos y los de la señorita de Maubert se habían encontrado reflejando los de ella el mayor asombro, y con su gesto maquinal el vizconde se delató a la perspicacia de la amante del duque Miguel.

Horas después, la princesa Flavia comunicaba a su fiel Olga la alegría que le producía el cambio experimentado en el carácter del monarca.

Transcurrió el día sin que acaeciese nada de importancia y al llegar la noche, el vizconde Rodolfo y el coronel Sapt marcharon hacia Zenda.

Rodolfo sentía su espíritu mutilado. El pensamiento de la princesa le perseguía. Y he aquí que su aventura acababa imponiéndole la obligación de abandonar Eslevia y no volver nunca más.

Llegaron al pabellón de caza tras una larga hora de camino. Les extraño que no hubiese ninguna luz encendida.

Golados por el instinto bajaron las escaleras que conducían a la bodega donde el rey quedara encerrado.

Nadie les salió al encuentro y de pronto se detuvieron aterrados viendo una mancha de sangre en el suelo.

—¡La puerta de la bodega está abierta!—exclamó el vizconde.

Se precipitaron dentro y retrocedieron asustados

al ver que el ayudo de cámara yacía muerto y la bodega estaba vacía.

—¡Se han apoderado del rey durante nuestra ausencia!—dijo el coronel.

Lo inesperado de aquel suceso vino a agravar la



La princesa Flavia comunicaba a su fiel Olga la alegría que le producía el cambio experimentado en el carácter del monarca.

situación, pues se ignoraba si el rey había sido también asesinado.

—¡Vizconde de Rassendyll!—exclamó Sept.— No hay momento que perder. Os suplico sigáis siendo

nuestro aliado. Regresad a Estrelzau y ocupad el trono de Eslevia mientras no aparezca el rey.

El recuerdo de Flavia hizo aceptar a Rodolfo quien despreció el peligro que ello pudiera acarrearle.

Y por el mismo camino, Rodolfo y el coronel regresaron a Estrelzau.

El duque Miguel, en tanto, informado por Antonieta Mauban de que la persona del rey había sido suplantada, acudió al castillo de Zenda donde Hentzau y Gaudet habían encerrado a Rodolfo. Y después de dar muerte a José.

Le esperaban todos sus cómplices, entre ellos Antonieta, a cuyos encantos parecía Hentzau excesivamente sensible.

De no haber mediado en el asunto ese maldito vizconde, yo ocuparía a estas horas el trono de Eslevia—dijo el duque.

—De todos modos somos dueños de la situación—advirtió Hentzau.— Tenemos al rey en nuestro poder y no nos será difícil librarnos del intruso.

El duque hizo un ademán violento demostrando que era capaz de todo para la consecución de sus planes. Estaba dispuesto a matar a su propio hermano si era menester.

Después de permanecer largas horas en la mazmorra donde había sido encerrado, el rey despertó y sin comprender lo que ocurría llamó a grandes gritos a José.

Hentzau que oyó aquellos gritos fué al calabozo.

—¿Cómo habéis pasado el rato, señor?—le dijo, sonriendo.

—¿Quién me habla?—contestó el rey a quien la oscuridad privaba de ver las cosas.

—Ruperto de Hentzau, oficial de carcereros y súbdito lealísimo de Miguel de Eslevia.

Rodolfo V comprendió súbitamente que era prisionero de su hermano y que estaba a merced de su voluntad.

—Lamento mi poder ofrecerles otra bebida que el agua de ese cantarillo—dijo Hentzau cínicamente, señalando una mugrienta vasija de barro puesta a los pies del rey.

—¡Miserable!—rugió el monarca.

—¡Borracho!—le escupió.

—¡Miserable!—volvió a gritar con un gemido.

—¡Borracho!—exclamó otra vez Hentzau injurioso.

Y riendo a carcajadas salió dejando al rey en vuelto en las sombras de su cárcel.

Hentzau subió al piso principal del castillo donde el duque daba instrucciones a sus cómplices.

—Gaudet, tú me acompañarás a Estrelazu—decía.—Y vosotros, Dechaud y Héraonin, vigilaréis al prisionero noche y día... Y tú Hentzau, ordena que el puente levadizo permanezca izado constantemente hasta previo aviso. Y tú, Antonieta de Mauban, permanece aquí hasta mi regreso.

La señorita de Mauban se resignó a quedarse, aunque inquieta por las señas que Hentzau le hacía y por la persecución de este vil oficial.

El duque Miguel dirigióse al palacio real de Estrelazu haciéndose anunciar al falso rey Rodolfo.

Ese que se hallaba hablando con el coronel Sapt

y con el capitán Fritz se sorprendió ante el anuncio de aquella visita a más de media noche.

—Pronto, vizconde, pase inmediatamente a la alcoba, y acuéstese vestido, como sea—dijo el coronel empujándolo y entrando tras él.

Fritz se dispuso a evitar que el duque entrase antes de que el vizconde se hubiese acostado.

—Perdón, Alteza, Su Majestad está descansando—dijo saliendo a su encuentro en la antecámara.

—¿Desde cuándo se me obliga a hacer antesala?

—Son las órdenes que tengo.

—Anúnciame inmediatamente.

Poco después, Su Alteza entró en la alcoba real, encontrando en el lecho al vizconde y junto a él de pie, al coronel Sapt.

El duque, disimulando y forzando una sonrisa, dijo:

—¿Se encuentra muy fatigado mi hermano después de las molestias de la ceremonia de la coronación?

—Jamás he gozado de tan perfecta salud, Alteza.

El duque entonces mirando altivamente a Sapt, entregó al vizconde un papel doblado en el que estaban escritas estas palabras:

Antonieta de Mauban me ha revelado nuestra verdadera personalidad. Os aconsejo que aceptéis cincuenta mil libras y que abandonéis Eslevia. De lo contrario pagaréis con la vida vuestra osadía.

El vizconde leyó la amenaza y rasgó el papel, lentamente.

—Su Majestad debe haber heredado de algún antecesor suya la firma británica que le caracteriza en estos momentos—dijo el duque para desahogar su cólera.

Y salió, enfurecido, seguido por la mirada despectiva del vizconde y la curiosidad burlona del coronel Sapt.

* * *

Forzado a seguir representando el papel de rey, el vizconde de Rasseuilly juzgaba que su posición, aunque falsa, tenía un lado agradable al permitirle gozar de la presencia de la princesa, cerca de la cual había de mantenerse en la actitud amorosa de pretendiente. Fácil le resultaba al vizconde fingirle a Flavia devoción, ya que en su alma abundaban los sentimientos apasionados; pero esto mismo implicaba una dolerosa inquietud, pues en cuanto Rodolfo V apareciese, tendría que renunciar a sus ilusiones separándose de Flavia y abandonando Eslevia.

Pocos días llevaba en su condición de rey, mas en esos pocos días diera tales pruebas de sagacidad y talento político que sus antiguos enemigos comenzaban a dejar de serlo con la consiguiente alarma de los partidarios del duque Miguel.

Todas las tardes salía Rodolfo de paseo con la princesa Flavia y el amor, el verdadero amor, unía ya en un lazo dulcísimo a aquellos dos corazones. El vizconde, comprendiendo que estaba viviendo una farsa, no se atrevía a declarar su pasión a Flavia,

mientras ella sólo deseaba aquel divino instante para formalizar de una vez sus relaciones. ¡Era tan agradable el rey, tan atento, tan cordial!

Unos días después el vizconde y Sapt convinieron en que el capitán Fritz hiciese un viaje a Zenda con el propósito de hacer algunas averiguaciones acerca de la suerte del rey.

Y allá en el castillo, Ruperto de Hentzau seguía correteando escandalosamente a Antonieta Mauban, quien se negaba a escucharlo, asegurando que sólo quería al duque.

—Puedo asegurares que el duque no os ama—le dijo él.

—¿Pruebas?

—Las tendréis acaso hoy mismo.

Hentzau dejó sola a Antonieta y encaminóse en dirección al bosque buscando el modo de dominar más fácilmente el amor de aquella mujer.

En dirección contraria a él venía Fritz, a quien Hentzau saludó alegremente, felicitándose de haberle encontrado, pues el capitán podría servirle de poderosa ayuda para convencer a la de Mauban del desamor del duque.

—¡Hola, Fritz! ¿Has venido usted a visitarnos en nuestro retiro?

Fritz procuró no delatarse.

Hentzau llevó al capitán a donde estaba Antonieta a quien presentó.

—A propósito, vos que venís de la capital—dijo Hentzau—¿tal vez vuestra casual visita pueda resolver una duda de la señorita de Mauban? ¿Sabéis

si el duque aspira a la mano de la princesa Flavia?

—Efectivamente, el duque hace tiempo que cultiva la esperanza de merecer el amor de la princesa—dijo Fritz, ingenuamente.

Antonietta se marchó, celosa, y los dos militares se miraron sonrientes. Hentzen le explicó que él de-



—Puedo asegurarte que el duque no es ama-

seaba el amor de Antonietta quien aun confiaba en el duque... Con su declaración, Fritz le había prestado un gran favor.

Los dos se hallaban apoyados en un pequeño muro que circundaba los fosos del castillo, siempre llenos de agua. Los ojos de Fritz escudriñaban una cañe-

ria empotrada en una de las paredes del edificio.

—Es una escalera de desagüe—explicó luego Hentzen—. Tiene un nombre curioso "La escalera de Jacob". Si alguien se atreve a penetrar en su tenebroso conducto, es hombre muerto; la corriente lo arastra precipitándolo desde una altura de veinte metros sobre unas rocas situadas en el fondo de una caverna.

A la misma hora en el palacio real de Estrelzau, el coronel Sapt trataba de persuadir a Rassendyll para que no confiase en la existencia de Rodolfo V y disfrutase de todos los derechos que correspondían al rey. Incluso le aconsejaba que cuanto antes anunciase sus esponsales con Flavia. Pero el vizconde no tenía prisa, pues su nobleza de alma le impedía engañar de tal modo a la princesa.

Allí, en Zenda, Fritz recibía la sorpresa de ver salir del castillo a Antonietta quien puso en sus manos un papel y se retiró seguidamente.

La nota decía así:

Venid esta noche a las ruinas cerca del foso. Mañana sería demasiado tarde.

Fritz tuvo la sospecha de que aquella cita pudiera ser de importancia decisiva para el interés del rey y acordó no faltar a ella. Acaso los celos de Antonietta sirvieran para traicionar al duque Miguel.

Aquella misma noche, en el palacio real de Estrelzau, se celebró una gran recepción.

El rey se presentó dando el brazo a la princesa

Flavia, lo que produjo entre los invitados excelente efecto, pues en el reino sólo se hablaba de la conveniencia y necesidad de este matrimonio.

La virja duquesa de Ispeink lo comentaba con el mariscal Strakenitz, demostrando gran satisfacción ante aquella probabilidad de boda que sería nuncio de gloriosas venturas para el país.

Y mientras en el palacio todo se deslizaba con una alegría gentil, en Zenda, Antonieta de Mauban y Fritz sostenían una interesante conversación, junto al foso.

Antonieta, despechada por los celos, quería vengarse del duque que la había traicionado, y la comunicó todo a Fritz, cuya fidelidad al rey le era conocida.

Pero Bersonin, uno de los oficiales amigos del duque Miguel, les vio y, oculto cerca de allí escuchó su diálogo.

—Está en vuestras manos—decía Antonieta a Fritz—estar que se cometa hoy un doble asesinato... El duque ha decidido que mueran esta noche su hermano el rey, que se encuentra preso en los calabozos del castillo, y el vizconde, y a estas horas se halla en Estrelzan esperando la muerte de Rasendyll para regresar aquí y asesinar al rey. Para deshacerse de Rodolfo V se servirán de la tubería llamada "La escalera de Jacob"... y para matar al vizconde sólo se que me ha comprado a un ex-presidiario.

Fritz, convencido de la verdad de aquellas pala-

bras, dió las gracias a Antonieta y se dispuso a marchar a Estrelzan.

Antonieta volvió inmediatamente al castillo, y entonces Bersonin, espada en mano, se puso frente a Fritz.

—¡En guardia, capitán!—le gritó— ¡Vuestra suerte morirá con vos!

—¡No adelantéis jamás acerca de mi suerte, señor oficial!

Cruzaron los aceros, luego lucharon brutalmente cuerpo a cuerpo, hasta que Fritz, más fuerte, alzó al oficial y lo arrojó al agua que llegaba al foso y donde el miserable pereció engullido por la corriente. Fritz, sin perder un minuto, montó a caballo, cabalgando a galope hacia la capital.

Y mientras tanto, el duque Miguel llamaba a la puerta de una morada y sostenía una conversación con un hombre entrachecho, antiguo presidiario al que había comprado para que asesinase al vizconde.

—Dirigete a Palacio y entras en las habitaciones del rey—le dijo—. Los guardias están comprados y te dejarán pasar libre. Terminada su tarea sacódes en el aire, desde la ventana, un pañuelo.

El duque cogió una bolsa de oro y la entregó al criminal. En seguida montó a caballo y desapareció en el bosque.

La fiesta de palacio alcanzaba un algido grado de brillantez. El vizconde y Flavia, que no se habían separado el uno del otro, atraían la curiosidad y los comentarios de los invitados.

La princesa, que deseaba formalizar de una vez sus relaciones, invitó al que creía rey, a ir al jardín de invierno.

Sentáronse en un banco de mosaicos y la princesa viendo la melancolía de que daba muestras su compañero, le dijo:

—¿Habéis olvidado ya la pregunta que me hicisteis dos meses antes de vuestra coronación? ¿No me pedisteis entonces mi amor? Pues bien... yo os acepto...

Rodolfo la amaba y se estremecía al escuchar aquellas palabras. Quiso olvidar la farsa que estaba viviendo y apasionadamente, sin poder contener por más tiempo los sentimientos de su corazón, llenó de besos a aquella mujer.

—Decidme —le preguntó él, enternecido—. ¿Desde cuándo me amáis?

—Os diré la verdad... desde el día de vuestra coronación.

El vizconde pensó: "Entonces es a mí y no al rey a quien ama". Y este pensamiento borrando todos los temores lo rindió a los pies de Flavia.

Los dos platicaron largo rato y olvidados de todo, solo vivieron la hora deliciosa de su amor.

—¿Por qué habéis guardado silencio acerca de la fecha de nuestros esponsales?—preguntó Flavia de pronto—. ¿Por qué desde el día de la coronación no me habéis hablado una palabra de amor? Parecéis tímidos... sobrecogido... ¿por qué?

El juramento hecho a Sapt impedía revelar el misterio que envolvía su personalidad, y al mismo tiempo el vizconde resistíase a mentir, no queriendo mentarle a aquella mujercita encantadora que palpataba de amor en sus brazos.

Tal vez hubiese dicho la verdad de no aparecer en aquel instante el coronel Sapt rogando al monarca que fuese a reunirse con el cardinal que acababa de llegar.

Flavia al quedar sola con el coronel, comunicó a éste su próxima boda con el rey, y Sapt demostró un intenso júbilo al ver como el vizconde realizaba maravillosamente su papel de monarca. Sapt estaba seguro de que el verdadero rey había muerto y por ella consideraba favorabilísima la determinación del vizconde.

La fiesta llegó a su fin, y los invitados comenzaron a desfilar. Era ya público el anuncio de la próxima boda del rey y la princesa.

Entretanto, el asesino penetraba en las habitaciones del rey y aguardaba en la nicoba la presencia de Rodolfo.

No tardó éste en aparecer. El criminal ocultóse

detrás de unos cortinajes, pronto a caer sobre el rey en un momento de descuido.

Fuera de palacio, el duque Miguel esperaba la señal convenida para salir hacia Zenda y concluir con su hermano, limpiando con esta segunda muerte el camino que debía conducirle al trono.

El coronel Sapt llegó a las habitaciones reales con el ánimo de cambiar unas cuantas palabras con el vizconde acerca de su próxima boda.

En el momento en que iba a penetrar en la alcoba real, Sapt oyó un gemido. El coronel adelantóse dentro de la estancia del rey y vió al vizconde debarbarse intentando romper un lazo que le aprisionaba el cuello, mientras un desconocido trataba de salir por la ventana. Rápido como el pensamiento, el coronel precipitó al asesino al jardín, y en seguida asedió en auxilio del vizconde quien con el rostro todavía amoratado contó que había sido víctima de traición.

—De buena me habéis librado, coronel!

—¡Esto es obra del duque!—exclamó Sapt.

—Y no es eso lo peor—dijo Fritz, presentándose.

—¿Usted aquí, capitán?

Fritz, que había hecho en dos horas un recorrido de treinta kilómetros, dijo precipitadamente:

—En este momento, el duque, creyendo que Rasendyll ha sido asesinado, se dirige a Zenda para dar muerte al rey.

—¡Al rey!—exclamaron el vizconde y Sapt a la vez.

—Sí, el rey vive. Ha sido encerrado en uno de

los calabozos del castillo y si no acudimos en seguida, el duque verterá su sangre.

Instantes más tarde, el coronel, el capitán y el vizconde montaban a caballo y se lanzaban a un galope frenético por el camino de Zenda.

En las primeras horas de la mañana encontrábase en el castillo de Zenda los cómplices del duque, Hentzen, Gaudet y Detchard. Los tres comentaban la extraña ausencia de Bersonia.

Llevábanse el vaso a los labios por centésima vez, como si tuviesen el propósito de concluir con las provisiones de la bodega.

Hentzen se alejó de sus amigos y subió a la alcoba donde se estaba vistiendo Antonieta de Mauban.

La joven retrocedió indignada ante el atrevimiento del oficial que le pedía correspondiese a su amor.

—El duque no os ama, Antonieta, mientras que yo... ¿Es que dudáis de mi cariño o dudáis de que sea cierto lo que os dije acerca de Su Alteza? Porque en este caso yo sabría disponer las cosas de modo que lo oyeseis de sus propios labios.

La señorita de Mauban, que quería convencerse de la traición de su amante, aceptó aquella proposición.

—Esperad aquí—dijo el oficial— Dentro de poco

llegara Su Alteza. Yo os señalaré en cierto lugar desde donde podréis oír al duque la revelación desairada de su desamor.

No bien el oficial separase de Antonieta, oyóse el galope de un caballo y minutos más tarde apa-



—*Esperad aquí.*

reció el duque quien comunicaba a sus cómplices que Rassendyll había muerto, pues el ex presidiario al saltar por la ventana del palacio le había hecho la seña con el pañuelo, creyendo haber matado al visconde.

Hentzau dirigióse al encuentro de la señorita de

Mauban y la condujo a la alca de unas escaleras, diciéndole:

—*Permaneced aquí y escuchad.*

Hentzau volvió a reunirse con sus amigos y dijo al duque:

—*Ahora, Alteza, que nadie puede impedirnos, los casaréis pronto con la princesa Flavia?*

—*Es una de las ambiciones de mi vida que no tardará en realizarse.*

—*¿Y que pensará de vuestra decisión la señorita de Mauban?*

—*No lo sé ni me importa... Y si a vos os gusta la señorita de Mauban os la cedo y en paz.*

Con el alma muerta, separóse Antonieta de allí. ¡Cuán infame era aquel hombre! Mas pronto se le prepararía a ella ocasión de satisfacer su venganza.

El duque y sus cómplices hablaban ahora de la clase de muerte que convenir dar al rey.

—*Nada de sangre. Es escandalosa*—dijo el duque.

—*Pues dispongamos el viaje de vuestro hermano por la "La Escalera de Jacob"*—indicó Gaudet.

—*Magnífica idea! Acabemos en seguida*—dijo Miguel.

Y todos descendieron hacia el calabozo.

El rey al ver a su hermano exclamó con esperanza:

—*¡Vienes a salvarme, hermano mío!*

Una carcajada de los oficiales fué la respuesta. Gaudet y Berchard arrastraron al rey hacia la tumba que daba a la corriente de agua devoradora de todas las presas.

El monarca se defendía valerosamente y suplicaba con espanto:

—¡Miguel... Miguel... perdóname la vida y yo te dejaré el trono!

Pero sus verdugos no estaban dispuestos a oírle.

En aquel instante, el vizconde y sus amigos descargaban ante el castillo.

Sapt ordenó al vizconde que vigilase el puente, mientras él con Fritz iba a entrar en el castillo por la parte del pebellón de caza.

Momentos después, Antonieta de Mauban, que había visto al vizconde, apresuróse a bajar el puente y salió del castillo dejando tras sí franca la entrada al hombre que había de vengarla.

Rassendyll no se detuvo a interrogar a Antonieta y entró en el castillo, evitando con su inesperada presencia que Rodolfo V fuese arrojado por "La Escalera de Jacob".

El vizconde desenvainó la espada y encontróse frente a tres hombres que le acometían, pero de un primer golpe tendió a Deuchard y en seguida defendióse bravamente del duque y de Hentzau que le acometían con furia.

El oficial Gaudet que había salido unos momentos, corrió en auxilio de sus amigos, pero el vizconde, una de las mejores espadas de Europa, le atravesó de parte a parte dejándole muerto. Luego apoderándose del arma de Gaudet la arrojó contra el pecho del duque, quien cayó al suelo con el corazón atravesado concluyendo de este modo su vida de crímenes.

Ahora el glorioso vengador se disponía a dar su

merecido castigo a Hentzau, pero éste temblando con la cobardía de todos los innobles, le dijo:

—¿Por qué no ponernos de acuerdo? Mi plan es el siguiente: "La Escalera de Jacob" para el rey; el trono y la princesa para vos... y para mí la gratitud de V. M. y los privilegios que esa gratitud trae aparejados. ¿Qué os parece?

¡Jamás pactaré con traidores como tú!—rugió el vizconde.

Reanudóse el duelo con furia sin igual, y Hentzau vióse desarmado por Rodolfo en el preciso instante en que llegaban Sapt y Fritz en defensa de su amigo.

Viéndose perdido, Hentzau echó a correr y acercándose al muro que circundaba el foso, precipitose en la corriente.

Rodolfo, estaba ligeramente herido a causa de la lucha, y dijo a sus amigos:

—No se ocupen de mí y piensen solamente en salvar a Su Majestad.

El coronel corrió hacia la maxmorra donde, como desvanecido, vencido por el miedo, permanecía Rodolfo sin intentar la fuga.

Parecía un espectro.

—¡Dios os envía... coronel Sapt!—murmuró el rey.

Y Rodolfo V, después de sufrir esta última emoción, cayó en los brazos de Sapt sin conocimiento.

...

A Estrelrau habían llegado noticias de que algo grave había ocurrido en el castillo de Zenda. Flavio, toda inquieta, se dirigió allí.

Salió al encuentro el coronel Sapt a quien ella preguntó:

—¿Es cierto que han atentado contra la vida del rey?

—Cierto, pero S. M. está ileso.

Flavio dirigióse al pabellón de caza y al ver a Rodolfo corrió a él con los brazos abiertos.

—No lo heséis, Alteza!—le gritó el coronel, que la había seguido.

—¿Por qué?

—Porque no es el rey, Alteza. El rey se encuentra en el castillo; este caballero es el vizconde de Rassen-dyll.

La seguridad con que hablaba el coronel y la tristeza del vizconde, sobrecogieron a la joven, quien dijo:

—¿Por qué permitís que intenten engañarme de este modo?

—No os engañan, Alteza—dijo el vizconde tristemente— Yo no soy el rey aunque me parezca a él

de modo tan extraordinario que vos misma me habéis confundido.

Y casi con lágrimas en los ojos le contó todo lo ocurrido, la suplantación que había hecho de la personalidad del rey, desde el día de la coronación.

Entonces... ¿me habéis engañado miserablemente?... ¡No me habéis amado nunca!—sollozó ella.

—No, Alteza, lo que os dije en aquellos días fue verdad, tan verdad que toda mi vida he de dedicarse a sostener ese recuerdo... Porque yo os amo... Pero, desgraciadamente, esta noche debo abandonar Estrelau. El rey vive... el rey tiene derecho al trono... al amor... yo no...

Flavio se abrazó a él y comprendiendo la necesidad de su sacrificio murmuró:

—Si fuera dueña de mi destino, os seguiría; pero debo consagrarme a la felicidad de mi pueblo que me adora y al que no puedo traicionar.

—Tenéis razón. Olvidemos nuestro sueño aunque no podamos nunca olvidar nuestro amor.

—Os he amado a vos, Rodolfo, a vos... no al rey... pero el rey vive... y el pueblo quiere que me case con él... Debemos olvidar.

Sapt les miraba impaciente deseando que terminase pronto la entrevista.

Flavio quitóse un anillo que lucía en su anular y se lo puso a él, y el vizconde la besó y dijo:

Sea cual fuere la suerte que me depara la vida, jamás me separaré de este anillo. ¡Adiós, Alteza!

—¡Adiós, amado mío!

Y sus palabras mezcladas con besos eran como lamentos.

Se separaron. Flavia quedó llorando desesperadamente. ¡Cuánto cuesta a veces el deber!

El vizconde Rodolfo marchó a la estación, despidiéndole sus leales amigos Sapt y Fritz.

—Llevo conmigo un gran dolor; pero llevo también una gran alegría—dijo al despedirse de ellos—. ¿No vale el honor de la princesa Flavia mi sacrificio? Y aun sin ese amor, ¿no hubiera valido mi sacrificio la causa de Rodolfo V? Después de todo, no he hecho otra cosa que defender los derechos de un rey por cuyas venas corre la misma sangre que la mía.

El tren iba a arrancar... Desde la ventanilla saludó a sus amigos por última vez.

—Decid a la princesa que mi último pensamiento al abandonar Eslevia será para ella.

—Señor vizconde—exclamó el coronel conmovido—. Dios no elige siempre para gobernar a los más inteligentes ni a los más valerosos. ¡Eslevia hubiera tenido en vos el mejor de los reyes!

Se estrecharon las manos una vez más... El tren arrancó. El vizconde, trémulo y emocionado, saludó a sus amigos que se descubrieron inclinándose al paso del tren que se llevaba al hombre cuyo alma poseía todos los atributos y todas las virtudes que hacen grandes a los reyes.

FIN

ÉXITO FORMIDABLE

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

— de

La Novela Semanal Cinematográfica

de uno de los más bellos asuntos que se han dado en el cine:

Del mismo barro

por Mona Maria y Juan Torera

¡Novela que no ha de faltar en ningún hogar!

¡LA NOVELA DE TODA MUJER!

¡Siempre lo mejor!

2 GRANDES
ÉXITOS:

La Novela Adán-La Novela Eva

Publicaciones semanales de asuntos frívolos

Sugestivas portadas en color
e ilustraciones en el texto

Precio: 30 céntimos

Vea usted la transformación operada en
Los Grandes Films
de la **Novela Semanal Cinematográfica**,
cuyo título actual es

Los Grandes Films Mudos y Sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes.
Diez grandes ilustraciones en el texto.

Números publicados:

El vals de moda (film sonoro GAUMONT)

Siete caras (film sonoro FOX)

Inmortalidad (ópera cinematográfica)

¡Así es la vida!

Redención

Acaba de aparecer:

El halcón de los aires

Portada a color. Precio: **50 céntimos**

En breve:



el colosal asunto

**Cuatro
de Infantería**

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!

Adquiera hoy mismo el número 301 de

La Novela Semanal Cinematográfica Moderna

Continuación, como segunda época, de la más popular de las novelas cinematográficas, transformada.

Portada a todo color

Bella postal-regalo.

Precio: **25 cts.**

Primer número:

AMOR AUDAZ

por Adolphe Menjou, Pereda, Barry Norton, Rosita Moreno, etc.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbayá, 16; MADRID: Caños, 1